

LA SOMBRA DE DARWIN

JOSÉ MARÍA ALFARO

Desiderio Papp: *Darwin. La aventura de un espíritu*. Madrid, Espasa-Cal-pe, S. A. (Colección Austral), 1983.

Hasta las cosas de la ciencia llegan, frecuentemente, con retraso. Así, este estudio, de argumentación biográfica, sobre Charles Darwin, concebido como contribución al centenario de su muerte, acaecida el 19 de abril de 1882. Para entonces, su nombre se había convertido en un símbolo no sólo en el campo científico, sino en el de la política y, en general, en el de las rebeldías unversalizadas, que cual tracas chisporroteantes recorrieron los agitados caminos del siglo xix.

Darwin fue un revolucionario medular y consciente, por debajo de sus actitudes y argumentaciones mesuradas y respetuosas. Nunca dejó de saber que con sus teorías estaba coadyuvando a la voladura de las bases de apoyo de la biología tradicional. Su libro *Sobre el origen de las especies mediante la selección natural o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la existencia* —tal su título completo— establece las bases científicas que sirven de apoyo a la conjunta enunciación de la teoría evolucionista.

A partir de ese instante, la batalla en torno al evolucionismo va a recordar la librada —dos siglos atrás— alrededor de las formulaciones de Galileo sobre la ordenación y mecánica celestes. Claro que el dra-

matismo que asaltó la existencia del insigne hijo de Pisa —con el degradante proceso al que fuera sometido por la Inquisición romana— no sería padecido por Darwin, quien, pese a los sinsabores casi naturales que acompañan a todo creador *audaz*, siempre encontró respaldos y asistencias en el desarrollo de sus investigaciones.

Como siempre acontece ante los descubrimientos y aportes decisivos, que marcan los avances históricos de la cultura, es muy difícil encontrar alguno en el que la carencia de antecedentes lo haga aparecer provisto de una originalidad absoluta. Darwin no escapa a esta regla, pese a sus contribuciones sensacionales. Buena parte del interesante libro de Desiderio Papp —un excepcional historiador de la ciencia— se dedica a la explicación del cometido de los precursores. Sin esta sección introductoria resultaría casi imposible llegar a la comprensión total del fenómeno del evolucionismo, tal como Papp nos lo plantea. Es decir, desde el punto de vista de su situación y trascendencia en el cuadro de desarrollo de la conciencia del puesto del hombre en la ensanchada realidad del mundo.

Que nos encontremos frente a un libro entusiasta no quiere decir que la obra de

Papp sea una exaltación hagiográfica. Desiderio Papp es un personaje pleno de cautivador interés. Nacido en Hungría, antes del comienzo de este siglo, las agitaciones y desventuras de la época —en la que se hace más patente la exactitud del repetido diagnóstico de Napoleón: «Sí, señor Goethe, pero el destino en la tragedia moderna es la política»— lo empujan hacia Sudamérica. Profesor en universidades de Chile y Argentina, adopta el español como su nuevo vehículo expresivo. Colabora con Aldo Mieli en su ordenador empeño de mostrarnos el curso tenaz y proceloso de la ciencia. Muerto Mieli —en el ecuador de la presente centuria—, prosigue, en unión de José Babini, la obra esclarecedora. Aporta sus enriquecedores conocimientos a labores tan ambiciosas como la *Historia universal de la medicina*, que dirige Pedro Laín Entralgo. Produce estudios de carácter monográfico y se convierte en uno de los historiógrafos mejor equipados en el complejo campo de las corrientes y las conquistas científicas. Sólo un lunar debemos señalarle; y éste consecuencia de valerse a toda hora de nuestra lengua —algo que los hispanohablantes nunca dejaremos de agradecer—, aunque ella pierda galanura en el arriesgado uso de un idioma de adopción. No le falta a Papp rigor técnico en la expresión; pero, acaso, se le escapa, restándole encanto y brillo, el sutil «genio del idioma», con sus fascinaciones adyacentes. Pero, quizá, sea ya un poco tarde para detenernos en estos reparos; sobre todo si pensamos en el gran número de pobladores autóctonos que poseyendo, incluso, certificados de escritores, más bien se dirían usufructuarios de abusivas patentes de corso para una continuada agresión al lenguaje.

El libro de Papp significa bastante más que un acercamiento —me atrevería a decir que un cerco— a la figura de Darwin. Aunque sin caer en la minucia de la anécdota —sin desdeñar, por otra parte, la peripecia o el episodio explicativos—, lo biográfico, de tan aguda incidencia en el desarrollo del pensamiento darwinista, se entrelaza con el advenimiento de las instituciones y los enunciados científicos.

Cuanto nos deleitamos, en nuestra juventud, con la lectura del *Diario de la vuelta al mundo de un naturalista, a bordo del «Beagle»*, sabemos cómo las revolucio-

narias formulaciones de Darwin fueron resultado de sus directos acercamientos y observaciones de la naturaleza. El incidente humano, el acaecer de cada jornada, van adquiriendo perfiles significativos en el entretenerse de los mecanismos inductores de la teoría. Hasta el bergantín en que realiza el viaje adquiere la condición de personaje, se corporiza en una función entre vital y mítica. Papp escribe al respecto: «El *Beagle* asume en la biografía de Darwin casi la importancia de una persona humana.»

Palpita en el genial biólogo una conciencia de serenos contornos humanísticos que no deja de asomar su faz en cada trance de su existencia. Su trayectoria juvenil —desde sus incipientes estudios de medicina en la Universidad de Edimburgo, que abandona al no poder soportar las prácticas de disección, hasta sus titubeos por consagrarse a la carrera eclesiástica— nos abre algunas pistas en cuanto a la consolidación de esas disposiciones de su espíritu. Estudia teología en Cambridge, y al recordar hacia el fin de sus días aquella época, declara que la rememora como «el período más divertido de su vida feliz».

Esta explicación nos aclara no pocas cualidades de su idiosincrasia. Como subraya Desiderio Papp, «es interesante que el investigador cuya obra iba a poner tan radicalmente en duda el relato bíblico de la creación de las distintas formas de vida pasara en su juventud por la escuela de teología, conservando hasta el fin de su vida, a diferencia de sus discípulos, una actitud reverente frente a los problemas teológico-metafísicos». A lo que agrega, a título confirmatorio, la siguiente reflexión del propio Darwin: «Considerando lo ferrozmente que he sido atacado por los ortodoxos, resulta cómico que en cierta ocasión intentase ser eclesiástico. Sin embargo, sí ha de creérseles a los frenólogos, yo estaba bien preparado para ser clérigo.»

Efectivamente, y en eso se asemeja también a Galileo —que en todo instante manifestó su obediencia a la autoridad de Roma—, procuró mantener una actitud respetuosa hacia la Iglesia oficial. Según un antiguo hábito, durante su navegación en el *Beagle* —que duraría casi cinco años, desde el 27 de diciembre de 1831 al 2 de

octubre de 1836—, fue la Biblia su lectura recurrente.

Corno todo el mundo sabe, fue en su estancia e investigaciones en las islas de los Galápagos —del 16 de septiembre al 20 de octubre de 1835— cuando toman cuerpo sus ideas acerca de «la mutabilidad de las formas de la vida». Según propias confesiones, el espectáculo que le ofrecieron aquellos islotes, a los que bautizaron sus descubridores españoles como las Islas Encantadas, apenas habitados por el hombre, pero provistos de la fauna más variada y desconcertante, le causó el sobrecogimiento de «asistir al acto mismo de la creación».

El vuelo de las incógnitas y las hipótesis se abre para el joven Darwin ante la realidad perturbadora y sorprendente desplegada por los animales existentes o fosilizados sobre el espacio de las islas inhóspitas y de imprevistas enseñanzas. Sus dotes de observación se aguzan, encauzando sus trabajos hacia las grandes conclusiones. Releyendo sus páginas se patentiza la exactitud de la aseveración de Papp: «El tipo mental del gran biólogo era el de un empirista.»

Gracias a ese talento para extraer consecuencias de lo que sucede bajo su mirada, puede llegar a la fundamentación de sus tesis, siguiendo el camino inverso —como en el caso de Juan Bautista de Lamarck— de allegar pruebas que ratifiquen sus hipótesis. Pero «lo impercedero de su obra —conforme al recalco de Papp— no está en ninguno de los aspectos particulares de la misma, sino en el hecho de haber asegurado al concepto de la evolución un lu-

gar céntrico en el pensamiento científico».

En el prólogo —excelente y extenso prólogo—, el profesor Juan Riera aprovecha para aclarar algunos de los planteamientos de Desiderio Papp, y escribe, como si buscara deslindar lo expuesto en la cita anterior: «Con el término evolucionismo o evolución nos referimos hoy al conjunto de ideas que afirman la existencia de cambios en la totalidad o en algunas de las partes del Universo.» Pero la introducción de Juan Riera —con ser ya mucho— no se conforma con unas cuantas precisiones y balizados. Emplea varias páginas, comprimidas y jugosas, en la explicación y análisis resumidos de los ecos y difusión de Darwin y la teoría evolucionista en los medios culturales españoles. Esta preocupación se encuadra en la más extensa de determinar las consecuencias del darwinismo en el ámbito científico en general, llegando hasta las originales propuestas de Teilhard de Chardin, sin duda el más creativo y luminoso intento de tender los puentes posibles entre el evolucionismo y la religión, tras una larga etapa de abismos y enfrentamientos.

La copiosa bibliografía sobre Darwin recibe con la obra de Papp una sustanciosa aportación, caracterizada —en primer término— por la honestidad, sin apriorismos, con la que se adentra en el tema. Iba resultando fatigoso, aparte los trabajos de índole estrictamente científica, contemplar cómo la figura del gran biólogo era empleada, con abuso manifiesto, a modo de barricada o de virulenta arma arrojada.

QUEVEDO ANTE EL PROBLEMA DE LA CIENCIA

GUILLERMO CARNERO

Alessandro Martinengo; *La astrología en la obra de Quevedo una clave de lectura*. Madrid, Alhambra, 1983.

La personalidad de un escritor tan polifacético como Francisco de Quevedo es fuente de constante acicate para los estudiosos conscientes de lo aventurado que sería darla por explorada en su totalidad. Operan en este sentido tanto la singulari-

dad del individuo como la riqueza y complejidad de la cultura del barroco español; ello sin tener en cuenta la persistente sugestión que Quevedo, por su talante mental y su manejo de la lengua, ha venido ejerciendo hasta nuestros días, dentro y

fuera de la tradición académica. El profesor Martinengo, catedrático de literatura española en la Universidad de Pisa y destacado hispanista en el ámbito italiano, vuelve a poner el tema de actualidad con el erudito y sugestivo estudio a que estas líneas se refieren, donde se sistematiza lo que el gran satírico debe a la ciencia y la filosofía de la ciencia de su época, en tanto que determinantes de un talante ético y catalizadores de la creación literaria.

La curiosidad científica de Quevedo y su recurso al arsenal terminológico y conceptual que el saber de la época le ofrecía saltan a la vista de todo lector atento. La tarea del profesor Martinengo ha sido sistematizar y fundamentar esa evidencia desde una necesaria erudición que en ningún momento priva a su trabajo de claridad y amenidad expositivas. Las orientaciones de la investigación han sido: parcelar ordenadamente las referencias quevedescas al ámbito científico, fundamentar en el autor del *Buscón* un conocimiento amplio y una permanente curiosidad en tales materias y relacionar ambas cosas con la presencia de la ciencia, antigua y moderna, en la España de su tiempo. Tres propósitos plenamente logrados que remata un apéndice sobre la posible biblioteca de Quevedo, a la vista del catálogo de la del monasterio de San Martín de Madrid en 1788, adonde en parte fueron a parar sus libros a fines del xvii, vendidos por la casa ducal de Medinaceli, destino de la mayoría de los volúmenes del poeta a su muerte.

La afición de Quevedo a las ciencias sospechosas (magia, alquimia, astrología), filtrada desde luego por la reserva crítica que imponía el dominio de la ortodoxia teológica, resulta probada al documentarse la coincidencia textual (en citas, autoridades e ideas) de algunos *Sueños* con las *Disquisiciones mágicas* (1600) de Martín Antonio del Río, tanto como la evidente lectura de algún tratado atribuido apócrifamente a Raimundo Lulio. La polémica en verso con el duque de Lerma, que se apropió una esfera y otros instrumentos pertenecientes a nuestro gran satírico, demuestra la cultura astrológica de Quevedo. Tras situar

los avatares napolitanos de éste, el profesor Martinengo explora el significado, en política, pensamiento y estética, de la «Academia de los Ociosos», para desembocar en las deudas del *Libro de todas las cosas para* con la *Fisionomía* de Juan Bautista della Porta. En el *Sueño de la muerte*, la figura de Enrique de Villena sirve a Quevedo para presentar bajo especies de profecía astrológica sus esperanzas en la regeneración de España bajo el recién entronizado Felipe IV.

No vayamos a caer en el error de englobar las conclusiones aludidas en el terreno de la curiosidad erudita o el comparatismo. Si quisiéramos, de todos modos, no atender más que al pensamiento de Quevedo y a su traducción literaria, las anteriores consideraciones, una vez demostradas en los cuatro primeros capítulos, nos llevarían a entender más fundadamente dos importantes cuestiones. La primera, las raíces del petrarquismo cosmológico que informa la poesía quevedesca, tanto en sus manifestaciones más serias y solemnes como en las satíricas y festivas. La segunda, la actitud de Quevedo ante el conflicto entre teología y ciencia moderna. Trae a colación Martinengo *La cuna y la sepultura*, *La hora de todos* y el *Marco Bruto* para revelar la actitud retardataria de Quevedo al respecto, su proceso a la razón en nombre de la fe y su desconfianza en el saber científico (excluidas las matemáticas) no tanto por su misma capacidad cognoscitiva como por los desafueros que con su auxilio pueden perpetrar y perfeccionar los hombres faltos de entidad moral, sin que ello le impida demostrar una aguda curiosidad hacia todo artefacto y utensilio novedoso.

Sale enriquecido de este libro nuestro conocimiento de una de las mayores figuras de las letras españolas, cuyos temores y ambigüedades son todo un síntoma de las deficiencias estructurales que hicieron a España perder el tren de la ciencia moderna europea. Estamos ante una lección concisa y amena de la literatura y la cultura de España en un momento clave de su historia, certeramente iluminado.

LA EXTREMA DERECHA EN LA SEGUNDA REPÚBLICA

JULIO GIL PECHARROMAN

**Pedro Sainz Rodríguez? *Testimonio y recuerdos*. Barcelona, Planeta, 1978.
Eugenio Vegas Latapiés *Memorias políticas*. Barcelona, Planeta, 1983.**

Está aún por escribir la historia del movimiento monárquico español entre los años 1931 y 1975. Pese a los notables esfuerzos de algunos investigadores —Pabón, Tusell, Morodo, etc.— en el estudio de temas sectoriales, pasará algún tiempo hasta que los historiadores puedan ofrecer una visión compacta, sin huecos o fisuras aparentes, de un proceso tan dilatado y de desarrollo tan complejo.

Comienzan, sin embargo, a abundar los libros de memorias de personalidades que participaron en las varias y accidentadas maniobras restauracionistas que se sucedieron —y en ocasiones coexistieron— durante la República, la guerra civil y la etapa franquista. Autores como Francisco Melgar, José María Gil Robles, Laureano López Rodó o Pedro Sainz Rodríguez, entre otros, han aportado en sus libros un caudal de datos y de reflexiones que otorgan un excepcional interés a sus testimonios, por otra parte tan dispares.

Durante muchos años se había esperado que la publicación de estas y otras memorias políticas viniera a abrir sendas a la investigación de uno de los puntos oscuros de la historiografía contemporánea española. Esto era especialmente necesario en lo referente a los años republicanos, sometidos ya a una larga y fructífera controversia. Muertos entre 1936 y 1939 algunos testigos fundamentales —Calvo Sotelo, Maeztu, Pradera—, desaparecidos otros sin haber dado a conocer su testimonio —Goi-coechea, el conde de Vallellano, Fuentes Pila—, la publicación de obras como las memorias de Gil Robles o las de Ansaldó no aportaron gran cosa al estudio del al-fonsismo político, dado el carácter relativamente marginal de sus actuaciones.

La aparición de las memorias de Pedro Sainz Rodríguez y de Eugenio Vegas Latapiés ha venido a llenar un importante hueco en lo referente a las actividades políticas, culturales y conspiratorias de los monárquicos durante la Segunda República. Pero

a pesar del aluvión de datos y de opiniones, a los que la personalidad y la relevancia histórica de los autores bastaría para convertir en imprescindibles fuentes documentales, es preciso destacar un par de advertencias comunes al manejo de este tipo de obras. En primer lugar, es aconsejable la comparación de las versiones que sobre determinados hechos ofrecen ambos autores, así como el cotejo de las mismas con las que ofrece Gil Robles en sus memorias. Los resultados son, a veces, sorprendentes.

Tampoco se debe perder de vista la comprensible carga de intencionalidad política, de compromiso con el propio pasado, que arrastran los textos y que se pone de relieve en las páginas dedicadas a narrar los acontecimientos de los meses previos a la guerra. Los párrafos destinados a justificar el golpe militar provocarán escalofríos en más de un lector.

El primer tomo de las memorias de Sainz Rodríguez fue publicado en 1978, y, por tanto, ya ha sido objeto de numerosos comentarios y recensiones. Las de Vegas, editadas hace escasos meses, constituyen un acontecimiento de actualidad. Obra bien estructurada, narrada con un ritmo ágil, casi periodístico, constituye un modelo de la mejor tradición autobiográfica. Pero lo fundamental no es el mérito literario, sino el testimonio, los huecos que pueden cubrir los recuerdos de una figura clave en la evolución del monarquismo español. En éste, como en todos los libros de memorias, no sólo es necesario interpretar lo que dice y cómo lo dice, sino también lo que el autor silencia.

En toda obra de contenido autobiográfico se debe suponer un afán de objetividad acorde con el propósito de legar a la posteridad unas vivencias cuyo interés trasciende el marco de lo meramente personal. Pero a la vez resulta lógica e inevitable una actitud de autojustificación si el autor ha experimentado una evolución en sus

convicciones o de reafirmación acrítica si mantiene intacta su fe en los postulados que determinaron su actuación en la vida pública.

En tal sentido el libro de Eugenio Vegas es de una sorprendente y patética honestidad. Católico tradicional, integrista en su juventud, monárquico por convicción, implacable en su condena al liberalismo y al parlamentarismo democrático, el Vegas que impulsara *Acción Española* no difiere mucho del que alienta en los años cincuenta a los jóvenes integristas de la revista *Círculo* y del que hoy da a la luz sus recuerdos armado con la fría subjetividad que otorga el haberlo sacrificado todo «a la Verdad». Compañeros de aquella trinchera —Areilza, Satrústegui, el propio Sainz Rodríguez— han experimentado un proceso evolutivo más o menos accidentado en este medio siglo; Vegas, no. Y ése es, precisamente, uno de los grandes méritos de su libro. Refleja una mentalidad y una época cuya comprensión escapa a buena parte de la actual sociedad española.

Alguien ha dicho que ésta es una obra escrita en clave teológica. Y es verdad. Desde la introducción hasta la última página asistimos al desarrollo de la cruzada particular del autor en defensa de unos valores tradicionales que se correspondían con el modelo social preconizado por sus maestros integristas y por los círculos clericales que frecuentaba desde la adolescencia. Vegas, hombre de naturaleza retraída y poco amigo de la publicidad, no duda en lanzarse al combate en los más diversos frentes siguiendo los dictados de su conciencia. Milita en la Juventud Monárquica cuando siente amenazados, junto con la Monarquía, los principios religiosos y morales en los que cree; encabeza eficazmente la oposición a los republicanos en la Academia de Jurisprudencia; emprende una laboriosa tarea de difusión del ideario de Acción Francesa —aun conociendo la condena pontificia que pesa sobre Maurrás— y se convierte en el alma y el cerebro del más ambicioso proyecto cultural gestado por la derecha en los años de la República: la sociedad editorial Cultura Española y su revista, *Acción Española*.

En todos estos frentes impuso Vegas La-tapié su actividad como ideólogo y organizador. Sólo se mantuvo apartado de un as-

pecto del movimiento monárquico: el político, que se encarnó desde enero de 1933 en el partido de Renovación Española. Pese a su oposición manifiesta al posibilismo cedista y a su papel protagonista en las maniobras que llevaron a la creación del partido, cuidó mucho de mantenerse apartado de cualquier sombra de partidismo que ensombreciese su posición de aglutinador de las distintas corrientes culturales de la extrema derecha.

Esto se desprende claramente de la lectura del libro. La exposición desnuda de los hechos así parece corroborarlo. Pero ¿es cierto esto? Sólo en una pequeña parte. En su narración, Vegas pasa como sobre ascuas por uno de los más apasionantes y desconocidos episodios de la historia de la Segunda República: el proceso de división y de ruptura en el campo alfonsino y la polarización del enfrentamiento en las figuras de Antonio Goicoechea y de José Calvo Sotelo. Esta es una realidad implícita en el texto, pero en la mayoría de las ocasiones es necesario leerla entre líneas, como una sucesión de mensajes sublimina-res que sólo se hacen patentes a la luz de otros testimonios y fuentes documentales.

La idea de crear Renovación Española partió de Vegas y de un reducido grupo de amigos, entre los que se encontraban Juan Ansaldo, el marqués de la Eliseda, Jorge Vigón y José Ignacio Escobar. Fracasado el pronunciamiento de Sanjurjo, se ahondaba la brecha entre los seguidores de Ángel Herrera y los alfonsinos confesos, con quienes convivían en Acción Popular. En septiembre de 1932, Vegas y sus compañeros comenzaron a tantear la posibilidad de que el presidente de Acción Popular, el ex ministro maurista Antonio Goicoechea, asumiera la dirección de un nuevo partido específicamente monárquico¹.

Ese mismo mes, un selecto grupo de prohombres monárquicos se reunió en París para tantear, a instancias de Calvo Sotelo y otros exiliados, un pacto dinástico con los carlistas. Fracasadas las conversaciones, Goicoechea, Sainz Rodríguez, Calvo Sotelo, Yanguas y algún otro se reunieron con Alfonso XIII en el domicilio de la vizcon-

¹ Antonio Goicoechea, *Apuntes para la historia de Renovación Española y de su intervención en el Movimiento Nacional*, respuesta mecanografiada en diez folios a un cuestionario del Servicio Histórico Militar, San Sebastián, 1939.

desa de la Gironde y allí acordaron constituir Renovación Española, cuya jefatura, tras la negativa de Juan de la Cierva, se ofreció a Goicoechea. Vegas refiere el viaje a París por estas fechas, pero no habla de esta decisiva reunión, a la que probablemente no asistiera. Aun así, y como cuenta en su libro, tuvo un innegable protagonismo en la puesta a punto de Renovación.

Durante un año aproximadamente el partido funcionó de manera satisfactoria. Ciertamente, contaba con la manifiesta hostilidad de cedistas y tradicionalistas y su nivel de afiliación era mínimo, pero sus actos públicos sustituían en gran modo a la suspendida *Acción Española* y su existencia poseía un indudable valor testimonial para los monárquicos. Pero dos acontecimientos, en los que tuvo destacada actuación Vegas Latapié, vinieron a desatar las discordias.

El primero fue el relevo en la dirección de *La Época*, un pequeño pero influyente diario monárquico. Juan Antonio Escobar, hijo del propietario, Eugenio Vegas y Jorge Vigón dieron al periódico un espectacular giro que, a finales de 1933, le apartó de su tradicional liberal-conservadurismo. *La Época* se convirtió en un órgano *ultra* y en el portavoz de los partidarios de la teoría de la *instauración*, es decir, de quienes desconfiando del pasado liberal de don Alfonso buscaban en la figura de su hijo don Juan la fusión dinástica con el carlismo y la *instauración* de una Monarquía al estilo maurrasiano, dotada de un sentido antiliberal y corporativista. Los defensores de esta postura —junto al trío se alinearon Sainz Rodríguez, Maeztu, Fuentes Pila, Al-biñana y otros muchos— negaban, lógicamente, la conveniencia de una *restauración* en la persona de Alfonso XIII. Y ni Goicoechea, que se consideraba delegado en España del ex monarca, ni sus partidarios, que habían copado el *aparato* de Renovación Española, estaban dispuestos a cambiar sus lealtades y a fundirse con los carlistas. La línea editorial de Vegas y sus dos amigos convirtió las páginas de *La Época* en un frente de batalla que deshacía la unidad del alfonsismo.

El segundo acontecimiento fue la vuelta a España de Calvo Sotelo, amnistiado por las Cortes en 1934. Los sectores más ligados al *instauracionismo* se esforzaron por convertirlo en el líder de los alfonsinos.

Eugenio Vegas ha relatado en otro libro el mareaje ideológico a que fue sometido el político gallego en su exilio parisiense hasta convertirlo a las ideas *contrarrevolucionarias* que propugnaba *Acción Española*. Rechazado por la Falange, Calvo realizó una espectacular entrada en Renovación. La disparidad de caracteres y la enorme ambición del ex ministro de la Dictadura le enfrentaron rápidamente a Goicoechea. Este, siempre a la defensiva, tuvo que encajar sucesivas derrotas. Primero, el asalto de los cargos ejecutivos por el sector «ultra». Calvo Sotelo —que se convirtió en vicepresidente primero del partido, por encima del *delfín* de Goicoechea, Julio Danvila—, el conde de Vallellano, Sainz Rodríguez, Cortés Cabanillas... comenzaron a rivalizar en los puestos directivos con goicoecheístas como Fernando Cobián, José Layús, José Gutiérrez-Ravé o el propio Danvila.

Luego, la creación, a finales de 1934, del Bloque Nacional fue correctamente interpretada por los leales a don Alfonso como un firme paso del sector *instauracionista*. Al contrario que Sainz Rodríguez, Vegas no alude al tema en sus memorias. Pero es innegable que, desde su postura de público alejamiento de las maniobras políticas, tuvo arte y parte en la gestación del *neotradicionalismo* que se plasmó en el Bloque. La idea de la conjunción alfon-sino-carlista surgió durante la celebración de un homenaje ofrecido a Calvo por los hombres de *Acción Española*. Además, el teórico del maurrasianismo español había hecho todo lo posible para promocionar al nuevo líder: dirigió a distancia su adoctrinamiento², le había lanzado hacia la presidencia de la Academia de Jurisprudencia, alejando significativamente del cargo a Goicoechea, había apoyado su entrada como vocal en la junta directiva de *Acción Española* y *La Época* se había convertido en un órgano oficioso del ala calvosotelista de Renovación Española.

Las rivalidades estallaron, como era de esperar, en abril de 1935. Como la Juven-

² Según Vegas, se encargó tal labor a un monárquico francés, Armand Magasca, quien le introdujo en los círculos maurrasianos a fin de que «la Verdad y Calvo fuesen como el fuego y la pólvora, y de su contacto esperábamos la explosión al costado de la República capaz de abrir a los ideales monárquicos nuevos horizontes» (E. Vegas, *El pensamiento político de Calvo Sotelo*, Madrid, 1941, pág. 106).

tud del partido se había mantenido leal a Goicoechea, Calvo Sotelo había creado una Juventud del Bloque, a la que se dio el significativo nombre de Juventudes Unidas de Acción Nacionalista (JUAN). Sus miembros solían reunirse en la sede de la TYRE (Tradicionalistas y Renovación Española), una oficina electoral sostenida por ambos partidos y que había caído bajo control de los seguidores de Calvo. El 10 de abril de 1935, miembros de las Juventudes goi-coecheísta y falcondista irrumpieron provocadoramente en el local y de las manos se pasó a las pistolas. Reunido el Comité ejecutivo de Renovación para tratar el tema, faltaron Goicoechea y Eduardo Cobián, dejando solo a Julio Danvila frente a los tres representantes del otro sector: Calvo Sotelo, Vallellano y Cirilo Tornos. De la reunión salió una purga de la Juventud alfonsina que la despojó de sus dirigentes goicoecheístas. Los *restauracionistas* perdieron los nervios. Quienes ocupaban cargos directivos dimitieron. Danvíia y otros varios abandonaron el partido y Goicoechea, que había perdido ya el control de la minoría parlamentaria, quedó en apurada situación frente a la nueva mayoría bloquista³.

No terminaron aquí los enfrentamientos. A lo largo de 1935 se acentuó la presión de los partidarios de la *instauración*. *La Época*, era cada vez más claro en su línea editorial, que se había reforzado con la proclamación de don Juan como príncipe de Asturias. Durante la boda del heredero de la Corona, en Roma, los alfonsinos se en-

³ Estos acontecimientos no trascendieron al público, pero constan con todo detalle en el *Libro de Actas de Renovación Española*, un ejemplar manuscrito donde figuran todas las reuniones de los órganos directivos (pág. 116). El Libro de Actas permite matizar varios puntos de las memorias de Sainz Rodríguez y de las de Vegas.

zarzaron en sordas discordias, muy bien reflejadas, por una vez, en el libro de Vegas, y que culminaron con la pública admonición de don Alfonso a Calvo Sotelo. Las elecciones de febrero de 1936 serían una etapa más en el enfrentamiento entre las dos alas del partido, empeñadas en copar las candidaturas. Pero estos hechos caen fuera del alcance de este comentario.

Prácticamente nada de esto trasciende en la obra de Vegas. Y es una pena, porque ofrecería muchas claves de sucesos posteriores que narra Sainz Rodríguez en la segunda parte de sus memorias y que sin duda contará él mismo en las dos entregas prometidas. Pero que Vegas Latapié atendió a esta realidad al redactar su obra queda reflejado en el tratamiento que da a quienes, más que una antipatía personal, le inspiraban una rivalidad política: Alfonso XIII, Goicoechea —quienes, a pesar de ello, son tratados respetuosamente y con cierta condescendencia—, José Antonio Primo de Rivera y, sobre todo, la *bestia negra* de los *instauracionistas*, Julio Danvila. La frase que el autor pone en boca de Sainz Rodríguez define a la perfección lo que no era sino el comienzo de un largo enfrentamiento entre monárquicos: «En la reunión con el rey hemos machacado a Danvila y cuando volvamos (a España) lo extirparemos definitivamente.»

Tales son las *Memorias políticas* de Eugenio Vegas Latapié. Una crónica ordenada y lúcida de un agitado período de la vida española. Una profesión de fe que ha sobrevivido a décadas de silencio y de avatares políticos. Y un recordatorio para todos de que cuando las mentalidades extremistas se convierten en exponentes de todo un modelo de sociedad, la vida de los pueblos se ve sujeta a grandes peligros. Aunque sea en nombre de *la Verdad*.

UN REPASO DE LAS OCASIONES PERDIDAS OCTAVIO RUIZ MANJON-CABEZA

Antoni Jutglar: *La España que no pudo ser*. Barcelona, Anthropos, 1983.

A finales de los años sesenta, la universidad española, y más concretamente la Universidad de Barcelona y la Universidad Complutense de Madrid, tuvo en el profesor Jutglar un indiscutible animador de la cansina vida académica. La fuerte impronta social de su reflexión histórica —lejano eco de las nuevas orientaciones que Vicens había tratado de imponer en el mundo catalán—, así como el sentido comprometido y actual en la forma de abordar las cuestiones, era parte decisiva en la expectación creada en torno al profesor Jutglar, que se mantendría cuando éste se trasladase de nuevo a Barcelona.

Precisamente de esos años del retorno a Barcelona —comienzos de los setenta— es una obra que ahora se reedita, en la que el profesor Jutglar nos ofrece una sugestiva imagen de *La España que no pudo ser*.

La obra, por tanto, hay que referirla ineludiblemente a la fecha de su primera aparición (1971) y a lo que esa fecha sugiere en cuanto a las posibilidades de la reflexión histórica y en cuanto a las circunstancias que se daban en aquella sociedad.

Lo primero que cabe decir al respecto es que el esfuerzo de comprensión global realizado por el autor resulta especialmente meritorio si tenemos en cuenta que, en aquellos años, la mayoría de las nuevas corrientes historiográficas distaban mucho de estar mínimamente asentadas entre nuestros investigadores y que los frutos alcanzados hasta ese momento tampoco alentaban excesivamente a los que acometieran empresas de tipo interpretativo en una amplia panorámica.

A pesar de esas dificultades externas, el autor acometió la tarea de realizar lo que él califica de ensayo sociohistórico en el convencimiento de que «poco o muy poco avanzará la historiografía hispana, por más monografías de investigación bien hecha que vayan apareciendo, si algunos profesionales de la historia no coadyuvan a los

objetivos de historia total y a la mejor comprensión, por parte tanto del gran público como —incluso— del universitario, de grandes etapas, de nuestra historia o —por qué no— de toda la trayectoria de la historia general de España, arriesgándose a anticiparse a síntesis de grandes maestros y de equipos de profesionales, trabajando juntos, cosa tan difícil aquí, exponiendo en estos ensayos sociobistóricos las grandes líneas de una aventura histórica, que tanto el gran público tiene derecho a conocer como los estudiantes tienen motivos para utilizar a fin de sacar mayor provecho de sus estudios» (pág. 14).

El objetivo del trabajo, tal como se plantea en las líneas anteriores, no deja de ser osado y, en no pequeña medida, debe ser atribuido a la confesada juventud del autor, que, en 1971, se arriesgaba a adelantarse a unas posibles síntesis de grandes maestros que, aun hoy día (¡ay!), seguimos echando en falta. En ese sentido, por lo menos, cabe concluir que los planteamientos de hace doce años mantienen buena parte de su actualidad.

Hay que advertir, con todo, que el título de la obra de Jutglar sugiere un enfoque peligrosísimo para cualquier historiador y que este autor no ha podido dejar de tener presente: me refiero a la tentación de un simple desarrollo de posibilidades frustradas que, aparte de ser de dudosa legitimidad, pueden incluso interferir la correcta comprensión del pasado histórico.

El autor, muy al contrario, ha dirigido lo mejor de sus esfuerzos a realizar lo que sí es específico del quehacer de historiador, y que se traduce en una multiplicación inmoderada de los puntos de vista, con el lógico resultado de una proliferación de apreciaciones de las que se desprenden unas imágenes plenas de matices.

Los hilos conductores de estos variados puntos de reflexión —que van desde la España anterior a la Reconquista hasta la crisis del primer tercio del siglo xx— son, en cualquier caso, otras reflexiones reali-

zadas por intelectuales e historiadores que han dejado una evidente impronta en el autor que ahora nos ocupa. No es por eso extraño que la huella de Vicens sea seguida muy de cerca y resulte pieza decisiva en la presentación e interpretación de los grandes ciclos que aquí se abordan.

También los grandes logros interpretativos que Ortega alcanza en su *España invertebrada* operan como desencadenadores de las reflexiones de Jutglár —no pocas veces críticas—, lo que, en definitiva, puede sumarse, como una especie de contrahomenaje no exento de admiración, a los ríos de tinta que el centenario del filósofo viene provocando a lo largo del presente año.

La reflexión de Jutglár, por supuesto, se asienta también sobre una tarea de investigación propia que, ya a la altura de 1971, era suficientemente considerable y que los años anteriores no han hecho sino acrecentar. Este componente personal es inseparable y característico de la obra de Jutglár, que tal vez sea el historiador contemporáneo con más tendencia a reflejar en sus escritos los condicionamientos de la edad presente e incluso las circunstancias personales en las que ha elaborado sus trabajos. Esta forma de historiar alcanza niveles paradigmáticos, dentro de la producción de este autor, en los capítulos finales del libro, que son añadidos al texto inicial y

que nos brindan una interpretación, profunda y apasionada, del período transcurrido entre las dos ediciones.

No resulta extraño que, en esos capítulos finales, el autor haya vertido gran parte de su caudal y dificultades con el anterior régimen dentro de unas claves de interpretación que, por lo demás, no se alejan excesivamente de los puntos de vista generalizados en el mundo académico y de la publicística.

En cuanto a las expectativas de futuro que el cambio político ha traído, el autor cierra las páginas de su libro con llamadas a la solidaridad y a la tolerancia, cuya huella cabe rastrear en todos los capítulos anteriores, ya sea cuando se trata de la sociedad medieval española, ya sea cuando se analiza la conformación y organización del Estado moderno.

De todos modos, lo más sorprendente y, a la vez, sugestivo de los compases finales del libro es el planteamiento de la cuestión autonómica, que brinda al autor la oportunidad de ofrecer una reflexión sobre el papel del federalismo, que le es tan querido, y las soluciones que éste podría aportar en el actual marco de las preocupaciones políticas.

Un ensayo sociohistórico, en suma, lleno de calor personal que no debe quedar inadvertido para quienes se interesan por la marcha de la historiografía española.

¿QUE ES EL FASCISMO?

JUAN AVILES PARRE

Stanley G. Payne: *El fascismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1982, 250 págs

Los libros de historia que hoy día se publican son, en su gran mayoría, estudios monográficos enmarcados dentro de las fronteras de un Estado, si no en límites más reducidos. Bastantes autores consideran que, por ser los hechos históricos únicos e irrepetibles, es vano el intento de elaborar generalizaciones a nivel internacional, y las que hasta ahora se han elaborado están siendo sometidas a una crítica implacable, a medida que el avance de la

investigación revela la diversidad de los fenómenos que engloban. En concreto, algunos especialistas piensan que cada uno de los movimientos supuestamente fascistas tuvo características propias, por lo que pretender englobarlos en una descripción única sólo conduce a confusiones. Por el contrario, en el lenguaje político cotidiano, el término fascista se ha convertido en un epíteto arrojado de tan amplio espectro, que ningún régimen autoritario se ha libra-

do de vérselo aplicado, con lo cual, en definitiva, ha perdido casi todo significado.

Entre la negativa a generalizar y la generalización indebida cabe, sin embargo, la elaboración cuidadosa de conceptos precisos. Partiendo de una comparación de fenómenos históricos que se suponen similares, puede elaborarse una definición abstracta de sus principales características comunes, que facilitará la comprensión de los mismos, y de nuevos fenómenos que ulteriormente se analicen. Esto es lo que hace Payne —historiador norteamericano bien conocido por sus estudios sobre el siglo xx español— en la obra que comentamos, publicada en inglés en 1980, cuyo subtítulo original es precisamente *Com-parison and Definition*. Para delimitar el concepto, Payne excluye de los ejemplos históricos de fascismo a los movimientos anteriores a 1919, los posteriores a 1945, los extraeuropeos y también los movimientos europeos coetáneos, que es más correcto definir como de derecha autoritaria, y analiza sus diferencias, y sus similitudes, con el fascismo genuino. En relación con esto, para el lector español, tienen particular interés sus reflexiones sobre los regímenes de Franco y Oliveira Salazar.

Los movimientos fascistas de toda Europa en el período de entreguerras, incluidos los casos menos conocidos de la Europa oriental, son breves pero suficientemente descritos, y, en base a ellos, Payne elabora una amplia y precisa definición, o más bien descripción, del fascismo genérico. Según él, éste se caracteriza, en primer lugar, por tres negaciones, que ya incluyó Nolte en su definición mínima del fascismo, es decir, el antiliberalismo, el anticomunismo y un anticonservadurismo matizado por la proclividad a aliarse con la derecha autoritaria. En segundo lugar, por una ideología basada en las corrientes idealistas y vitalistas en boga en la época y por unos objetivos consistentes en un nuevo Estado, nacionalista y autoritario, una nueva estructura económica, nunca definida con precisión, y una expansión imperialista, o al menos una redefinición del papel internacional del Estado. Y, finalmente, por unos rasgos de organización y estilo: la coreografía de los mítines, que envolvía al participante en un aura mística; la movilización de las masas utilizando modelos militares, culminantes

en la milicia del partido; la exaltación de la violencia, la virilidad y la juventud, y una jefatura personal, autoritaria y carismática.

De los elementos de esta definición, el más polémico, a la par que uno de los fundamentales, es el anticonservadurismo, pues, según bastantes estudiosos, el fascismo fue, por el contrario, un movimiento básicamente encaminado a la defensa del orden social, no siendo sus proclamas revolucionarias más que palabrería demagógica, enmascaradora de sus propósitos reales. En la interpretación marxista clásica, formulada en los años treinta por Dimitrov y adoptada por la III Internacional, el fascismo es la dictadura de los elementos más reaccionarios del capital financiero. Una exposición reciente de este punto de vista es la obra de Roger Bourderon *Le fascisme, idéologie et pratiques* (París, 1979), que constituye un análisis comparado de los casos italiano, alemán y español. También se puede considerar al fascismo esencialmente conservador partiendo de planteamientos muy distintos de los de Dimitrov, como, por ejemplo, los de John Weiss, quien, en su obra *The Fascist Tradition* (Nueva York, 1967), analiza los movimientos fascistas de Italia, Alemania, España —que parece no conocer mucho—, Inglaterra y Hungría, para concluir que el fascismo es «la última línea de defensa» no del capitalismo, sino del conservadurismo, frente al empuje de liberales y radicales, continuando, por tanto, la tradición de todos los movimientos antirrevolucionarios surgidos después de 1789.

La mayoría de los historiadores, sin embargo, tiende a considerar que el fascismo es una mezcla de componentes reaccionarios y revolucionarios. Estos últimos han sido destacados por Eugen Weber en su obra *Varieties of Fascism* (Nueva York, 1964), en la cual insiste en la precariedad del acuerdo entre los fascistas y sus aliados conservadores, quienes o bien acabaron por neutralizar a aquéllos, como hicieron Antonescu en Rumania y Franco en España, o fueron marginados gradualmente del poder por ellos, como ocurrió en Italia y en Alemania. La posición de Payne al respecto es matizada. Pone en duda que en el régimen de Mussolini, a pesar de ser

de partido único, sus iniciales aliados derechistas llegaron a perder toda influencia; subraya que las doctrinas de la derecha autoritaria solían ser más claras y prácticas que las fascistas, lo que reforzaba su ascendente; pero destaca también las diferencias entre derecha y fascismo. En definitiva, concluye que éste constituyó una de las tres variedades de nacionalismo autoritario que se dieron en la Europa de entreguerras, junto a la derecha radical —de la que señala como ejemplos a *Action Française*, carlismo o Renovación Española— y la derecha conservadora —por ejemplo, los socialcristianos austríacos de Doll-fuss, los seguidores húngaros de Horthy o la CEDA española—. Las tres tendencias eran antiliberales y antimarxistas, y a menudo colaboraron, pero eran distintas. Las derechas eran más religiosas, por lo que se oponían a la cultura secular fascista, y socialmente más conservadoras, no asumiendo las declaraciones fascistas acerca

de la necesidad de un cambio social. La derecha conservadora, más moderada, se distinguía porque prefería evitar la ruptura jurídica, y la derecha radical, muy elitista, porque era incapaz de suscitar el apoyo masivo que a menudo obtenían conservadores y fascistas.

Los aspectos mencionados no agotan la temática de este libro, breve y denso, que incluye también una discusión de las diferentes explicaciones que se han dado del fenómeno que estudia, y sendas clasificaciones de los movimientos fascistas y de los regímenes fascistas y autoritarios de derechas. Constituye, pues, una importante contribución al estudio comparativo del fascismo, tema sobre el que ya se habían publicado en España otras obras de valor, como las de Nolte, *El fascismo en su época* (edición original 1963) y *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas* (1968), y Carsten, *La ascensión del fascismo* (1967).

EL OCASO DE UN IMPERIO

JUAN AVILÉS FARRE

H. R. Trevor Roper: *Los últimos días de Hitler*. Barcelona, Plaza y Janes, 1975, 206 págs.

El historiador británico Trevor Roper, bien conocido hoy por sus estudios sobre los siglos xvi y xvii, era oficial del Intel-ligence Bureau británico cuando, en septiembre de 1945, el jefe de dicho organismo le encomendó la tarea de investigar la muerte de Hitler. Esta había sido anunciada, el día 1 de mayo de aquel año, en una alocución radiada del almirante Doenitz, su efímero sucesor a la cabeza del Reich, el cual afirmó que Hitler había muerto luchando a la cabeza de sus tropas. Pero su cuerpo no había sido hallado, a pesar de que las tropas rusas removieron incluso, en busca de restos humanos, el jardín de la Cancillería de Berlín, en la que el dictador había pasado sus últimos días, por lo que su final seguía siendo un misterio. A desvelarlo se entregó de lleno Trevor Roper, examinando minuciosamente las declaraciones de aquellas personas que habían convivido con Hitler en el

búnquer de la Cancillería y fueron posteriormente interrogados por los vencedores. Un mes después, la investigación había concluido. Su resultado no fue sólo el definitivo esclarecimiento de las circunstancias del suicidio del Führer y su fiel compañera Eva Braun, y de la cremación de sus cadáveres en el jardín de la Cancillería, sino un interesante relato de la vida de Hitler y su corte en los últimos meses de existencia del III Reich.

La obra fue publicada en 1947. En aquellos momentos, en los que el porvenir de Alemania era incierto y un futuro renacimiento del nazismo no podía descartarse, su principal interés estribaba en la demostración de que el dictador había fallecido. Como escribió Trevor Roper, el mito de Hitler podría revivir, pero, al demostrar su muerte, se evitaba al menos que el magnético influjo de su nombre pudiera ser utilizado, mediante la afirmación

de que el Führer permanecía oculto. Hoy día, en cambio, lo que atrae del libro es su reconstrucción, realmente pormenorizada, de la vida de los altos dignatarios nazis en la etapa final de la guerra, que arroja mucha luz sobre las características de aquel régimen.

La pluma de Trevor Roper, capaz de aunar la precisión documental con la brillantez literaria, traza algunos excelentes retratos: el de Goering, antaño uno de los más inteligentes líderes del nazismo, alejado ya del centro del poder, viviendo en medio de un lujo exorbitante en su fastuoso palacio campestre; el de Himmler, que en todo el mundo era tenido por la más siniestra encarnación de la criminalidad nazi, y era tan ingenuo que, en los últimos días de la guerra, se consideraba a sí mismo como el hombre adecuado para encabezar un nuevo gobierno que negociara con los aliados; el de Borman, que había logrado convertirse en el más poderoso personaje del régimen, gracias a su constancia en permanecer siempre al lado del Führer; el de Speer, el tecnócrata nazi, el genio económico, que, despreciando las cuestiones políticas, se había entregado de lleno a aumentar el poderío alemán y al final flaqueó en su lealtad al Führer, cuando le vio desear que Alemania se hundiera con él. Todos ellos estaban subyugados por el enigmático poder de seducción de Hitler, quien, físicamente hundido, encerrado en su búnquer subterráneo de Berlín, sitiado por los rusos, era todavía capaz de hacerse obedecer.

Estos personajes, junto con otros secundarios, de los que alguno está retratado con igual vigor, protagonizan, en el relato de Trevor Roper, una extraordinaria tragicomedia. En un momento en que, para cualquier observador imparcial, su derrota parecía sellada, estos hombres, responsables de millones de muertes, seguían conspirando unos contra otros, para conseguir el favor de Hitler y su sucesión. Todavía el 30 de abril de 1945, Martin Borman se retrasaba en informar a Doenitz de la muerte del Führer, para aferrarse a un poder ya literalmente destruido. En la pesada atmósfera de una corte de aduladores, se había perdido todo contacto con la realidad. El mismo Hitler, envanecido por sus

triumfos y sin nadie que osara contradecirle, terminó por dirigir en los mapas las maniobras de ejércitos ya inexistentes. El último poder relativamente autónomo del Reich, el Estado Mayor del ejército, había sido sometido, tras el frustrado intento de asesinar a Hitler el 20 de julio de 1944, en el que estuvieron implicados varios de sus miembros. Demasiado tarde habían comprendido éstos que sus propios proyectos no coincidían con los del dictador, para el que no había más alternativas que el dominio del mundo o la aniquilación de Alemania.

El poder absoluto corrompe absolutamente, escribió lord Acton; corrompe también la inteligencia, demuestra en este libro Trevor Roper. Desaparecida toda posibilidad de discusión y crítica, se tomaban decisiones insensatas, y hombres todopoderosos se dejaban guiar por charlatanes. Quizá el ejemplo más chocante de ello se encuentre en la confianza de Hitler hacia un médico extravagante, el doctor Morell, quien estaba minando su salud a medio plazo, por la utilización de tratamientos intensivos de brillantes resultados inmediatos. El doctor Brandt, cirujano del Führer desde 1934, denunció esto en un informe, pero Hitler no le creyó y, víctima de las maquinaciones de su rival, fue detenido y estuvo a punto de ser fusilado. La anécdota define un régimen.

Según Trevor Roper, las propias características del nazismo lo condujeron a la derrota final, porque sus absurdas decisiones políticas hicieron inútil la excelente máquina económica y militar de Alemania. Sólo un déspota ensoberbecido e incontrolado podía haber ignorado los datos objetivos, hasta el punto de embarcarse en la suicida empresa de guerrear a la vez con Gran Bretaña, la Unión Soviética y los Estados Unidos. Cuando la inminencia de la derrota se hacía palpable, los nazis cerraron los ojos a la evidencia y, finalmente, Hitler optó porque Alemania, que había sido incapaz de cumplir su sueño, quedara destruida en el holocausto final que habría de acompañar a la muerte de su Führer. Se ponía así de manifiesto, en los postreros tiempos del III Reich, el profundo nihilismo que, según Trevor Roper, fue siempre una característica esencial del movimiento nazi.